

**LA HERENCIA COLONIAL EN LA SIRIA ACTUAL:
FRACTURAS SOCIALES E IMPLICACIONES POLÍTICAS***
**Colonial heritage in Syria today: social fractures and political
implications**

Ignacio ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO

ialvarez@ua.es

Universidad de Alicante

Resumen: Este artículo analiza la impronta política, económica y social que dejó la ocupación francesa en la Siria actual. Francia dividió el país árabe en diferentes Estados confesionales guiándose por la lógica del *divide et impera*, lo que exacerbó el sectarismo en la zona y, de forma simultánea, favoreció el desarrollo del nacionalismo árabe. De hecho, el principal objetivo del Partido Ba'ṭ era derribar las fronteras artificiales erigidas por los Acuerdos de Sykes-Picot de 1916 y alcanzar la unidad de los pueblos árabes. La conquista del poder por Hafez al Assad en 1970 está, a su vez, estrechamente relacionada con la sobrerrepresentación de las minorías confesionales en las *Troupes Spéciales du Levant* reclutadas por Francia. Al igual que había hecho la potencia colonial, al Assad se presentó como un árbitro que garantizaba el equilibrio entre los diversos elementos de la heterogénea sociedad siria e impedía que la mayoritaria comunidad sunní ocupara una posición hegemónica.

Abstract: This article analyzes the political, economic and social imprint left by the period of French occupation on present-day Syria. France, following a policy of *divide et impera*, separated the Arab country into different confessional states, which exacerbated the sectarianism of the region and at the same time favoured the rise of Arab nationalism. In fact, the primary objective of the Baath Party was to tear down the artificial borders created by the Sykes-Picot Agreements of 1916 and achieve the unity of the Arab peoples. The coming to power of Hafez al Assad in 1970 is, in turn, closely related to the overrepresentation of confessional minorities in the *Troupes Spéciales du Levant* constituted by France. Just as the colonial power had done, al Assad presented himself as an arbitrator who would ensure balance between the heterogeneous elements of Syrian society and prevent the majority Sunni community from occupying a hegemonic position.

Palabras clave: Siria. Mandato francés. Ba'ṭ. Sectarismo. Nacionalismo.

Key words: Syria. French Mandate. Baath. Sectarianism. Nationalism.

Recibido: 22/03/2018 **Aceptado:** 28/06/2019

INTRODUCCIÓN

La campaña de Napoleón en Egipto marcó el punto de partida de la expansión colonial europea en el mundo árabe. El Bilād al-Šām o la Gran Siria fue uno de

*. Este artículo es resultado del Proyecto de Investigación I+D 'Resiliencia del autoritarismo, choque de islamismos e intensificación del sectarismo en Oriente Medio y el Magreb' (CSO2017-86091-P) financiado por el Ministerio de Economía, Industria y Competitividad (MINECO).

los principales escenarios en los que se libró la pugna entre Francia y Gran Bretaña por asentarse en los dominios de un Imperio Otomano en plena decadencia. Los disturbios confesionales de 1860 entre maronitas y drusos ofrecieron a las potencias europeas la oportunidad de instaurar un mutasarrifato (*mutaşarrifiyya*) en Monte Líbano. A partir de entonces, Francia acentuó su intervencionismo en el Levante árabe. La defensa de los católicos fue empleada como punta de lanza para la penetración de diferentes órdenes religiosas, pero también para la intensificación de los vínculos comerciales. Tras la Primera Guerra Mundial, Francia consolidó su presencia en Líbano y Siria mediante la instauración de sendos mandatos.

El propósito de este artículo es analizar la acción francesa en Siria en el periodo de entreguerras y valorar hasta qué punto determinó su evolución tras la independencia. Nuestra hipótesis de partida es que la aplicación de la política del *divide et impera* y el establecimiento de diversos Estados confesionales enfrentó a los diversos elementos de la heterogénea sociedad siria y acentuó el sectarismo. El trato de favor a las minorías étnicas (kurdos, armenios y circasianos) y confesionales (alauíes, drusos e ismaelíes) en las *Troupes Spéciales du Levant*, el ejército indígena reclutado por Francia, colocó a dichos elementos en una posición de fuerza que no dudaron en aprovechar tras la independencia, cuando las fuerzas armadas asumieron un desproporcionado protagonismo no solo en Siria, sino también en el resto de los países árabes como consecuencia de la creación de Israel.

Asimismo, la aparición del Partido Árabe Ba'ṭ guarda una estrecha relación con el Acuerdo de Sykes-Picot y la consiguiente repartición del conjunto de Oriente Próximo entre franceses y británicos con el surgimiento de diversos Estados artificiales en la región. Uno de los principales propósitos de dicha formación de ideología nacionalista era precisamente recuperar la unidad del mundo árabe. Tras la efímera unión entre Egipto y Siria, el Ba'ṭ logró hacerse con el poder en este último país en 1963. A partir de entonces, los militares fueron ganando peso hasta desplazar definitivamente a los propios ideólogos del partido panarabista. En 1970, tras el denominado 'movimiento rectificador' (*al-ḥaraka al-taṣḥīhiyya*), Ḥāfiẓ al-Asad logró hacerse con el poder. Durante sus treinta años de presidencia, al-Asad se sirvió del sectarismo para ganarse el apoyo de las minorías confesionales a las que integró en su aparato de gobierno, aunque el control de los aparatos de seguridad quedó en manos de la minoría 'alauí a la que pertenecía. Además, puso en práctica una política clientelar para atraer a las oligarquías sunní y cristiana, a las que otorgó diversos privilegios a cambio de su lealtad. Todo ello le permitió presentarse como un árbitro que garantizaba la paz social, aunque ello

implicara la persecución sistemática de todos aquellos que cuestionaban dicho *status quo*.

1. LA PENETRACIÓN COLONIAL FRANCESA EN EL LEVANTE

Aunque el Mandato sobre Siria se instauró inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, el interés francés sobre el Levante se remonta mucho tiempo atrás. La campaña militar de Napoleón Bonaparte en Egipto (1798-1801) puso de manifiesto la voluntad francesa de asentarse en una zona de creciente importancia geoestratégica que también ambicionaba Gran Bretaña, ya que era clave para controlar la ruta de la India¹. La inauguración en 1869 del Canal de Suez, construido por el ingeniero francés Ferdinand de Lesseps, aportó un valor añadido a Egipto al convertirse en un puente de comunicación directa entre el Mediterráneo y el Índico a través del mar Rojo.

Lesseps había ejercido como cónsul francés en El Cairo y Alejandría, donde conoció los trabajos de Jacques-Marie Le Père, miembro de la Comisión de Ciencias y Artes creada por Napoleón, quien estudió a fondo los restos del antiguo canal de los Faraones que en el pasado comunicaba el Nilo con el golfo de Suez². En 1847 el ingeniero Linant de Bellefonds presentó un proyecto para construir el Canal de los Dos Mares, destinado a unir el mar Rojo con el mar Mediterráneo, idea que contó con el abierto respaldo de Henri de Saint-Simon, que creó un centro de estudios para llevar a la práctica esta idea. En 1854 la llegada de Said Pachá al poder, quien había tenido como preceptor en su infancia a Lesseps, permitió el establecimiento de la *Compagnie universelle du canal maritime de Suez* que, a pesar de la frontal oposición británica, logró desarrollar el proyecto bajo el gobierno del jedive Ismail. Los fastos de la inauguración, iniciados el 17 de noviembre de 1869, duraron varios días y reunieron a lo más granado de la aristocracia europea, incluida la emperatriz francesa Eugenia de Montijo, quien recorrió el canal a bordo del *Aigle*³.

Al mismo tiempo que se construía el canal de Suez, la intensificación de las tensiones comunitarias entre drusos y maronitas en Monte Líbano, disturbios que se extendieron a Damasco, crearon las condiciones adecuadas para una intervención francesa en el Levante. Con el propósito de restablecer el orden, Francia, Gran Bretaña, Austria, Prusia y Rusia desplegaron 12.000 efectivos en la zona, la mitad de ellos franceses. El 9 de junio de 1861 se alcanzó un reglamento orgánico

1. Antes de embarcarse en dicha campaña, Napoleón leyó las obras del Conde de Volney *Viaje a Egipto y Siria* (1787) y *Consideraciones sobre la guerra actual de los turcos* (1788), en las que se constataba la vulnerabilidad del Imperio Otomano. Véase Said. *Orientalismo*, p. 56.

2. Le Père. "Mémoire sur la communication", tomo XI, p. 39.

3. Escribano Martín. "Aida, el Canal de Suez", pp. 291-302.

para instaurar un mutasarrifato autónomo del Imperio Otomano en Monte Líbano, que no incluía ninguna de las grandes urbes costeras del país (Beirut, Trípoli, Tiro y Sidón) ni tampoco el valle de la Beqaa. Esta nueva estructura administrativa sería dirigida por un gobernador cristiano foráneo nombrado por el sultán otomano y aceptado por las potencias europeas, que a su vez era asistido por un consejo administrativo integrado por doce miembros⁴. Entre sus competencias estaba la recaudación de impuestos o el mantenimiento del orden público. Este mutasarrifato abolió el feudalismo y sentó las bases del sistema de cuotas confesionales todavía vigente hoy en día en Líbano⁵, que reflejaba “los intentos para favorecer a una determinada secta religiosa frente a otra para afianzar los intereses de las grandes potencias”⁶, lo que inevitablemente “erosionó la autonomía local de varios grupos tradicionales y diluyó el acervo cultural de la sociedad”⁷. Francia se alió con los maronitas aproximándose a su Patriarca, mientras que Gran Bretaña se erigió en defensor de la minoría drusa.

A partir de entonces, Francia aprovechó la nueva coyuntura para afianzar su presencia comercial e implantar diversas instituciones educativas en Monte Líbano. En el plano económico, los empresarios franceses multiplicaron la importación de seda que prácticamente se convirtió en un monocultivo en las zonas de mayoría cristiana, “lo que hizo Monte Líbano más dependiente todavía de Francia y del sistema económico internacional”⁸. Por otra parte, diversas compañías galas desarrollaron las comunicaciones internas con la construcción de varios ferrocarriles, entre ellos la línea Beirut-Damasco. En el terreno educativo, la *Ouvre des Ecoles de l’Orient*, creada en 1856 para apoyar las escuelas de las congregaciones religiosas católicas implantadas en el Imperio Otomano (entre ellas, franciscanas, lazaristas, jesuitas, carmelitas y capuchinas), estableció numerosos colegios e institutos en los que se formaron decenas de miles de estudiantes cristianos y que contribuyeron significativamente al establecimiento de una identidad nacional libanesa⁹.

4. En un primer momento, en dicho consejo había dos miembros de cada una de las siguientes comunidades: maronitas, drusos, sunnís, shí’íes, greco-ortodoxos y melquitas, aunque a partir de 1864 se fijó una representación proporcional de cada comunidad: cuatro maronitas, tres drusos, dos greco-ortodoxos, un greco-católico, un shí’í y un sunní.

5. Corm. *El Líbano contemporáneo*, p. 54.

6. Spagnolo. “Mount Lebanon, France and Dâûd Pasha”, p. 148.

7. Khalaf. *Resistance and change*, p. 14.

8. Owen. *The Middle East*, p. 154.

9. Hasta el año 1914, un 5% del presupuesto del Quai d’Orsay fue destinado a las escuelas religiosas francesas. Es sumamente significativo el hecho de que, en 1930, tras varios años de presencia francesa en Siria, el combate contra el analfabetismo no hubiera avanzado sustancialmente (ya que afectaba al 66% de los varones y al 80% de las mujeres), lo que ponía de manifiesto la instrumentalización política de la misión civilizadora. Véase Tibawi. *A modern history*, p. 361.

Esta presencia histórica en la zona levantina colocó a Francia en una situación privilegiada ante el inminente final del “hombre enfermo de Europa”, como se denominaba al Imperio Otomano. En el curso de la Primera Guerra Mundial, franceses y británicos alcanzaron un pacto secreto para repartirse los dominios árabes otomanos por medio del Acuerdo de Sykes-Picot de 1916, según el cual se establecería una zona de control directo británico en el este de Irak, mientras que Transjordania, el resto de Irak y el norte de la península Arábiga quedarían como zonas de influencia británica. Por su parte, Francia establecería una zona de control directo en Líbano, Siria y parte de Anatolia oriental, mientras que el resto de Siria y norte de Irak quedarían como zona de influencia francesa. Por último, Palestina gozaría, según el mencionado acuerdo, de un estatuto internacional.

2. EL MANDATO FRANCÉS SOBRE SIRIA

Tras la Primera Guerra Mundial, el Tratado de Versalles cedió a la Sociedad de Naciones la administración directa de las antiguas provincias otomanas en el Creciente Fértil. El artículo 22 de dicho tratado reguló el sistema de mandatos bajo las siguientes premisas: “Los siguientes principios se aplicarán a las colonias y territorio que, como consecuencia de la guerra, han dejado de estar bajo la soberanía de los que anteriormente los gobernaban y que están habitados por pueblos que todavía no son capaces de dirigirse por sí mismos en las condiciones especialmente difíciles del mundo moderno [...]. El mejor método para realizar prácticamente este principio es confiar la tutela de estos pueblos a aquellas naciones avanzadas que, por razón de sus recursos, de su experiencia o de su posición geográfica, se encuentran en mejores condiciones para asumir esa responsabilidad y que consienten aceptarla. Esta tutela se ejercerá por esas naciones en concepto de mandatarios y en nombre de la Sociedad de Naciones. El carácter del mandato tendrá que ser distinto según el grado de desarrollo del pueblo, la situación geográfica del territorio, sus condiciones económicas y todas las demás circunstancias análogas”¹⁰.

Aunque el sistema de mandatos fue concebido como una forma de tutelar a aquellos pueblos “que todavía no eran capaces de dirigirse por sí mismos”, lo cierto es que, en la práctica, siguieron las pautas anteriormente empleadas por las metrópolis europeas en sus colonias y protectorados. Como se ha subrayado con cierta ironía, “la teoría del sistema de mandatos tiene un importante elemento de benevolencia y desinteresado altruismo. Su objetivo final es conducir a las naciones subdesarrolladas y dependientes a un elevado nivel de civilización y depen-

10. Oraá Oraá y Gómez Isa. *Textos básicos*, p. 17.

dencia política”¹¹. La lectura del emir druso Šakīb Arslān era mucho menos complaciente: “De todas las innovaciones de la posguerra, ninguna es tan hipócrita y tan sospechosa como aquella que ha dado lugar al nacimiento del mandato. En la práctica no se trata de nada más que del sometimiento de un país débil a uno más fuerte”¹².

El 7 de marzo de 1920, el Congreso Nacional Sirio designó a Fayṣal, hijo del jerife Ḥusayn de La Meca, como rey de Siria. Debe tenerse en cuenta que el emir Fayṣal era un estrecho aliado de los británicos, que en el marco de la correspondencia McMahon-Ḥusayn habían prometido a los hachemíes la creación de un gran reino árabe en los antiguos dominios otomanos en el caso de que se levantasen contra el Imperio Otomano. Al mismo tiempo, el Consejo también proclamó la independencia siria en sus fronteras naturales en una ley orgánica que, de haber entrado en vigor, hubiera sido la primera Constitución árabe en garantizar la división de poderes. Esta decisión que llevó a Francia a intervenir militarmente en el país, donde derrotó al ejército nacionalista dirigido por Yusuf al-Aẓma en la batalla de Maysalun del 24 de julio de 1920¹³. La política colonizadora francesa se guió por la máxima *divide et impera* que tuvo su máxima expresión en la separación de Líbano y Siria. El 1 de septiembre de 1920, las autoridades francesas anunciaron la instauración del Gran Líbano en las fronteras ampliadas de Monte Líbano, lo que confirmó la determinación de trocear la Gran Siria en unidades políticas artificiales, quedando Siria como un Estado residual de lo que quedó de la ‘Siria natural’¹⁴. La creación de un Gran Líbano, que esta vez sí incluía las grandes urbes costeras y el valle de la Beqaa, rompió el equilibrio de fuerzas mantenido hasta entonces por cristianos y drusos al incorporar relevantes comunidades musulmanas sunníes y ši‘íes.

Desde un primer momento se evidenciaron los problemas para establecer una identidad nacional compartida por todos los segmentos de la población libanesa. De hecho, cada una de las comunidades acuñó su propia narrativa que, en muchas ocasiones, chocaba frontalmente con las del resto. Con el beneplácito de Francia, los maronitas gozaron de una posición privilegiada, lo que fue contestado por la población musulmana que interpretaba que Líbano nunca había sido “una nación histórica, sino que formaba parte de la gran nación árabe y que su territorio era parte histórica de la Siria árabe”¹⁵. Como advierte Amaia Goenaga, “a lo largo de la historia cada grupo confesional se ha ido dotando de diferentes estructuras e

11. Tibawi. *A modern history*, p. 338.

12. Rabbath. *L'évolution politique*, p. I.

13. López García y Fernández Suzor. *Introducción*, p. 79.

14. Salame. “Strong and weak states”, p. 59.

15. Salibi. *Lebanon and the Middle Eastern*, p. 5.

instrumentos diseñados para la creación y reproducción de un universo simbólico propio. Todo ello dirigido a potenciar el sentimiento de pertenencia del individuo y la cohesión del grupo, a menudo en contraposición al ‘otro’¹⁶. En 1926 el país se dotó de una Constitución de carácter republicano basada en el consociacionismo, que reservaba una representación proporcional a cada una de las comunidades confesionales. En líneas generales, el Pacto Nacional (*al-mīṭāq al-waṭānī*) de 1943, alcanzado entre el maronita Bišāra al-Jūrī y el sunní Riyāḍ al-Ṣulḥ, respetaría esta repartición del poder.

Siria, por su parte, fue dividida en cinco Estados autónomos: el alauí, el druso, Alepo, Damasco y Alejandreta, que en 1939 sería cedida a Turquía en contraprestación a su neutralidad en la Segunda Guerra Mundial. Francia puso un especial énfasis en explotar las diferencias confesionales para crear un nuevo balance de poder mediante “la creación de entidades rurales como los Estados alauí y druso, la mencionada proliferación de cuerpos administrativos, la rivalidad del campo contra las ciudades y el apuntalamiento de los notables rurales en detrimento de sus contrapartes urbanas”¹⁷. En este sentido, Francia cultivó los vínculos con las comunidades minoritarias para contrarrestar la oposición de la mayoría sunní¹⁸. Tal y como recuerda el profesor Gutiérrez de Terán, “el mandato persiguió el fomento de las tensiones intercomunitarias y la aparición de un sentimiento claro de ‘especificidad’ dentro de cada comunidad. O dentro de una misma religión, como el islam, donde se trató de agrandar las distancias entre las diversas comunidades islámicas, las más reacias al mandato, creando instancias y consejos legislativos propios para cada una de ellas”¹⁹.

El Alto Comisario francés Henri Gouraud tenía entre sus competencias las de organizar y gobernar el país, firmar tratados y acuerdos políticos, territoriales y aduaneros, dirigir la política interior y exterior, así como delimitar la política económica y educativa. Las autoridades francesas mantuvieron, durante todo el periodo del mandato, un férreo control de los aparatos legislativo, ejecutivo y judicial, “ya fuera abiertamente o detrás de una débil fachada nativa”²⁰. Francia desarrolló un sistema autocrático en el cual “el pueblo sirio carecía, de facto, del menor derecho a decidir su destino. Los parlamentarios, los ministros, los presidentes y toda la maquinaria local de los ‘Estados’ solamente existían sobre el papel. Los consejeros franceses, con el Alto Comisario a su cabeza, gobernaban en todo momento. Por su iniciativa los Parlamentos eran disueltos por periodos ilimitados

16. Goenaga. *El sector bancario libanés*, p. 73.

17. Batatu. *Syria's peasantry*, pp. 155-156.

18. Houry. *Syria and the French Mandate*, p. 58.

19. Gutiérrez de Terán. *Estado y confesión*, p. 94.

20. Tibawi. *A modern history*, p. 342.

y las medidas constitucionales y las libertades políticas eran suspendidas”²¹. En definitiva, como concluye el jurista sirio Edmond Rabbath, “el Alto Comisario, de hecho, ejerce la soberanía completa y total sobre el conjunto de los territorios del mandato y en nombre de su Gobierno”²².



Siria, como la mayor parte de países de Oriente Próximo, era un país multi-confesional y multiétnico dominado históricamente por una mayoría árabe sunní, pero en el que habían convivido diferentes confesiones y etnias. Aunque es extremadamente difícil cifrar el peso real de cada una de las comunidades debido a la ausencia de estadísticas fiables al respecto, suele darse por válido que cerca de un 90% de la población es árabe, aunque también existen importantes concentraciones kurdas (sobre todo en el Royaba, situado en la línea fronteriza con Turquía) y, en menor medida, armenios, asirios, circasianos y turcomanos llegados en diferentes olas migratorias. En el plano confesional, los musulmanes representan otro 90%: la mayor parte de ellos sunnís, pero con presencia también de dife-

21. Olberg. “France in Syria”, pp. 307-308.

22. Rabbath. *L'évolution politique*, p. 93.

rentes ramas más o menos emparentadas con el ši'ismo como los alauíes (predominantes en la franja costera), los drusos (sobre todo en la Montaña drusa en la frontera con Jordania) o los ismaelíes (mayoritarios en el eje Salamiye-Masiaf), que suman al menos un 15% de la población. Los cristianos, sobre todo greco-ortodoxos y en menor medida católicos (armenio-católicos, melquitas, siríaco-católicos, maronitas, caldeos y latinos), representaban cerca del 10% y suelen residir en las grandes urbes del país. No obstante, como subraya James Gelvin, "Siria no era una mera colección de comunidades semi-autónomas, sino más bien una comunidad históricamente determinada y plenamente integrada que trascendía la segmentación de su población"²³.

El hecho de que Francia estableciera el 28 de junio de 1922 una Federación de Estados Autónomos para administrar a tan solo tres millones de personas generó no pocas suspicacias sobre las intenciones reales de las autoridades coloniales. El historiador palestino George Antonious se preguntó por qué "Francia encuentra aconsejable dividir un territorio de apenas tres millones de habitantes en cinco Estados diferentes con cinco gobiernos, cinco administraciones, cinco presupuestos y cinco constituciones diferentes"²⁴. El objetivo no sería otro que debilitar a la mayoría urbana sunní, claramente hostil al Mandato francés y máximo baluarte del movimiento nacionalista árabe.

Además, debe tenerse en cuenta que este nuevo esquema territorial representaba una evidente ruptura con las dinámicas de gobierno precedentes. Al contrario que en el caso de cristianos o judíos, el Imperio Otomano nunca había reconocido a los alauíes o los drusos como *millets* o comunidades religiosas autónomas²⁵. No obstante, el aislamiento de ambas comunidades, que vivían en zonas montañosas como el Ýabal Anşariyya y Ýabal al-Durūz, les había permitido gozar al menos de "una autonomía virtual"²⁶. Si bien es cierto que la carta del mandato establecía que la potencia mandataria debería "garantizar el estatus personal y los intereses religiosos de las diversas poblaciones", lo cierto es que Francia fue mucho más allá al otorgar a dichas comunidades una autonomía legal en materia de jurisdicción, pero también una autonomía política ya que disponían de sus propios consejos legislativos y sus propias banderas²⁷.

En opinión de Itamar Rabinovich, "la decisión de dividir Siria parece haber estado motivada en primer lugar por el antagonismo hacia el nacionalismo árabe y las específicas condiciones existentes en Siria, una de las cuales es la existencia

23. Gelvin. "Demonstrating communities", p. 29.

24. Antonious. "Syria and the French Mandate", p. 526.

25. White. "The Nation-State", p. 74.

26. Rabinovich. "The compact minorities", p. 694.

27. Balanche. *Les Alaouites, l'espace et le pouvoir*, p. 79.

de ‘minorías compactas’²⁸. Para hacer frente al pujante movimiento nacionalista que estaba especialmente arraigado entre la población urbana sunní, el Alto Comisario decidió “promocionar a los elementos rurales y conservadores, así como preservar la sociedad tradicional y protegerla de la modernización y de los cambios rápidos que implicaba”²⁹.

Sea como fuera, la Federación de Estados Autónomos de Siria tendría una experiencia accidentada debido a las diversas revueltas que estallaron precisamente en las zonas periféricas, entre ellas la dirigida por el líder tribal alauí Šālīh ‘Alī (1921) y la comandada por el druso Sulṭān al-Aṭraš (1925-1927), que se extendería al conjunto del territorio sirio. Según Philip Khoury, el propósito de estas élites tribales era “restaurar un balance de poder entre el gobierno y la sociedad que había sido alterado por la ocupación francesa”³⁰. En todo caso, los notables no solo no consiguieron reforzar su posición ante Francia, sino que además tuvieron que pagar un elevado precio por su levantamiento. Como recuerda Joyce L. Miller, “la revuelta de 1925 reflejó la furia de estos notables resentidos con las restricciones aplicadas por los franceses contra su propio poder. Se unieron a la revuelta con la esperanza de reforzar su poder. Irónicamente, muchos de ellos que estaban en el poder a comienzos de la revuelta fueron desalojados de él a su fin”³¹, como fue el caso de al-Aṭraš quien se vio forzado a exiliarse a Transjordania, donde sería acogido por la dinastía hachemí con quien mantenía unos estrechos lazos desde los días de la Gran Revuelta Árabe contra los otomanos en la que jugó un papel destacado.

La extensión de la revuelta de Sulṭān al-Aṭraš a buena parte de Siria puso en evidencia los límites de la política francesa del *divide et impera*, que si bien es cierto que acentuó las tensiones comunitarias también fortaleció al movimiento nacionalista, hasta aquel entonces solo implantado en las grandes urbes sunníes: Damasco, Alepo y Homs. La mayor parte de la población mostró su rechazo a la dominación francesa: “Los terratenientes y la burguesía comercial, la *intelligentsia* —tanto los profesionales educados al estilo occidental como los líderes religiosos musulmanes—, los artesanos y los miembros de las incipientes clases trabajadoras, los campesinos e, incluso, algunas tribus beduinas. Todas estas clases y comunidades habían sido alienadas por las prácticas francesas”³².

El hecho de que la sublevación de 1925 fuera sofocada por las armas dos años más tarde obligó al movimiento nacionalista a replantearse su estrategia de cara a

28. Rabinovich. “The compact minorities”, p. 698.

29. *Íbidem*.

30. Khoury. *Syria and the French Mandate*, p. 6.

31. Miller. “The Syrian revolt”, p. 548.

32. Philip Khoury. “Continuity and change”, p. 452.

un futuro y apostar todas sus cartas por la vía política. El nacionalismo se convirtió, a partir de entonces, en un cómodo recurso para movilizar a las masas y, así, lograr el reconocimiento de las elites urbanas como mediadoras entre la nueva autoridad y la población³³. La brutal represión francesa de la revuelta fortaleció al movimiento nacionalista que, a partir de entonces, se estructuró en torno al Bloque Nacional (*al-kutla al-waṭaniyya*), creado en 1927 por Ibrāhīm Hanānū y Hāšim al-Atāsī. Este bloque iría progresivamente extendiendo su base de apoyos en detrimento de otras formaciones oficialistas dóciles al mandato. No obstante, este nacionalismo árabe ya no sería de máximos, sino de mínimos, puesto que “el arabismo, el ideal de la unidad, se esfuma ante todos estos desastres, sustituido por un espíritu desengañado y realista que tiende hacia el nacionalismo de límites estrechos”³⁴.

Uno de los ámbitos donde se evidenció de manera más cruda esta apuesta por la fractura de la sociedad siria fue el reclutamiento de las *Troupes Spéciales du Levant*, unidades militares nativas movilizadas por el Ejército del Levante francés para hacer frente a las revueltas locales. En realidad, el recurso al empleo de “miembros de los grupos minoritarios para reprimir los movimientos nacionales fue una constante de la maquiavélica política colonial de británicos y franceses”³⁵. Como señala Elias Bou-Nacklie, buen conocedor de la materia a la que consagró en 1989 su tesis doctoral³⁶, “el reclutamiento no fue inclinado hacia determinadas minorías étnicas o religiosas, sino que fue parte de una política de *divide et impera* que requería colocar a los grupos religiosos y étnicos los unos contra los otros y romper la armonía entre grupos, facciones e individuos en general”³⁷. De hecho, en un informe enviado a Henri Gouraud, el coronel Georges Catroux se mostró partidario de que el reclutamiento de dichas tropas no solo se limitase a los grupos minoritarios, sino se extendiese también a “diferentes facciones de todos los grupos para generar conflicto entre parientes y amigos o ser manipulados conforme dicten los acontecimientos”³⁸.

Durante las dos décadas y media que duró el Mandato francés, las comunidades confesionales minoritarias recibieron un trato de favor en el seno de las *Troupes Spéciales*, donde gozaron de una evidente sobrerepresentación. De hecho, tres de los ocho batallones de infantería estaban integrados por alauíes (mientras que ninguno era completamente sunní) y nueve de los doce formaciones de caba-

33. Álvarez-Ossorio. *Siria contemporánea*, pp. 37-38.

34. Ruiz Bravo. *La controversia ideológica*, p. 74.

35. Gutiérrez de Terán. *Estado y confesión*, p. 91.

36. Bou-Nacklie. *Les Troupes Spéciales du Levant*.

37. Bou-Nacklie. “Les Troupes Spéciales”, p. 648.

38. *Idem*, pp. 648-649.

llería estaban mayoritariamente compuestas por drusos, circasianos, kurdos, armenios, asirios o ismaelíes³⁹. En diversas ocasiones, estas minorías fueron empleadas para combatir al movimiento nacionalista, dominado por las élites urbanas sunníes. De hecho, la creciente oposición de los árabes sunníes a la dominación francesa no fue gratuita, puesto que el porcentaje de esta rama en las *Troupes Spéciales* se redujo drásticamente pasando del 47,1% en 1930 al 30,7% de 1944, muy lejos del 65% que representaban en el conjunto de la sociedad siria, mientras que los alauíes pasaron en esos mismos años del 19,2% al 22,6% y los drusos del 6,2% al 8,6%, duplicando en el primer caso y triplicando en el segundo su porcentaje demográfico⁴⁰.

A partir de la década de los treinta, Francia intentó de manera desesperada perpetuar su presencia en Siria presentándose, una vez más, como defensora de las comunidades confesionales, pretexto que le facultaría para intervenir en los asuntos domésticos sirios según determinasen sus intereses una vez alcanzada la independencia. El Alto Comisario Damien de Martel presentó al movimiento nacionalista sirio un Tratado de Amistad que reconociese a Francia como protectora de las minorías en una Siria independiente en la que también se preservase la autonomía de los Estados druso y alauí. El intento de Martel de que dichas minorías pudieran decidir si mantener sus respectivas autonomías o incorporarse al nuevo Estado fue ampliamente secundado por las élites rurales alauíes y drusas, deseadas de preservar sus prerrogativas, lo que a su vez soliviantó a la mayoría árabe sunní⁴¹. Como advierte Benjamin T. White, “el debate sobre las minorías era también un debate sobre los límites de la autoridad del Estado”⁴², ya que “Francia ofrecía a algunos actores políticos pertenecientes a dichas comunidades la posibilidad de apelar a una autoridad superior a la del gobierno sirio, ya fuera la Sociedad de Naciones, Francia u otra potencia. Ambas opciones no eran bienvenidas por los nacionalistas, que se oponían a cualquier límite externo a la autoridad del estado dentro de sus propias fronteras”⁴³.

Ante la falta de avances en las negociaciones para poner fin al mandato, el Bloque Nacional anunció que abandonaba la etapa de ‘noble cooperación’ y arrancaba la ‘época de lucha’⁴⁴. El 1 de enero de 1936 convocó una huelga nacional de sesenta días de duración en demanda de la independencia, la unidad árabe y la lucha contra el sionismo. Debe remarcarse, en este sentido, la decisiva in-

39. Batatu. *Syria's peasantry*, pp. 157-158.

40. Bou-Nacklie. “Les Troupes Spéciales”, p. 653.

41. Rabinovich. “The compact minorities”, p. 698.

42. White. *The emergence of minorities*, p. 150.

43. *Idem*, p. 133.

44. Rayyān. *Al-aḥzāb al-siyyāsiyya*, p. 149.

fluencia que ejerció sobre el movimiento nacionalista sirio la revuelta palestina de ese mismo año contra el mandato británico y sus políticas proionistas, considerada como “parte del movimiento hacia la emancipación del conjunto de Siria”⁴⁵. En el curso de las manifestaciones cientos de personas fueron asesinadas y miles detenidas, mientras que la economía quedó prácticamente paralizada. En respuesta, las autoridades francesas ordenaron el arresto domiciliario de varios dirigentes nacionalistas, entre ellos Šukrī l-Quwātī, que más tarde se convertiría en el primer presidente de la república. El Bloque Nacional, que había mostrado su capacidad para movilizar a la población de las principales ciudades, dejó claro que solo negociaría un tratado bilateral en el caso de que reconociera una plena independencia.

El temor de que se registrara un efecto dominó que acabase por afectar a las posesiones francesas en el Magreb, llevó al Frente Popular de Léon Blum a retomar las negociaciones y reconocer al Bloque Nacional como representante legítimo de la población siria. El 9 de septiembre de 1936 se alcanzó un tratado bilateral que contempló la independencia siria con la disolución de los Estados autónomos alauí y druso, que sin embargo mantendrían un trato administrativo diferenciado. Al tratarse de un Tratado de amistad, paz y alianza, reconocía la cooperación en el terreno de la defensa y la ayuda mutua en caso de guerra. Francia se vería obligada a reducir su presencia militar, pero conservaría dos bases aéreas y tropas de tierra durante un periodo de cinco años. El tratado tendría una vigencia de 25 años a contar tras la entrada de Siria en la Sociedad de Naciones, tres años después de su ratificación.

El tratado generó una corriente de rechazo entre los notables tribales alauíes, que el 15 de junio de 1936 enviaron una carta al presidente Blum en la que señalaban “la nación alauí, que ha mantenido con gran celo su independencia durante años y a costa de muchas víctimas, es una nación que difiere de las naciones musulmanas sunníes en sus creencias religiosas, costumbres e historia. La nación alauí nunca ha estado sujeta a las leyes [de los musulmanes] que gobiernan las ciudades”, por lo que “la nación alauí se niega a ser anexionada a la Siria musulmana en la que el islam ha sido declarado como religión oficial, dado que el islam considera a la nación alauí como herética”. Los seis firmantes, entre los cuales se encontraba Sulaymān al-Asad (bisabuelo del actual presidente Baššār al-Asad), reclamaban al presidente francés que reconsiderase su postura ante “el trágico y terrible destino que aguardaba a los alauíes si son anexados por la fuerza a Siria”, ya que “el fanatismo y la estrechez de miras están profundamente enraizadas en

45. Tibawi. *A modern history*, p. 358.

los corazones de los árabes musulmanes contra todos los que no son musulmanes”⁴⁶.

3. EL BA‘Ť Y LA UNIDAD ÁRABE

La presencia francesa en Siria tocó a su fin en 1946. No obstante, la huella colonial se dejó sentir en las décadas posteriores, ya que el cuarto de siglo de dominación europea generó unas dinámicas socio-políticas que condicionaron la trayectoria posterior de esta república árabe influyendo de una manera decisiva en el desarrollo del nacionalismo árabe y, sobre todo, en la formulación de un nacionalismo local sirio con una fuerte impronta socializante⁴⁷. De una parte, la irrupción del Partido Árabe Ba‘Ť (*Ḥizb al-Ba‘Ť al-‘Arabī*), formación que estaría llamada a jugar un papel determinante en la escena política siria en las décadas siguientes, no puede entenderse sino como una reacción ante la colonización europea y la división artificial de Oriente Próximo. De otra parte, la sobrerrepresentación de las minorías confesionales en las *Troupes Spéciales*, germen del ejército sirio, allanaría el camino para la toma de control del gobierno por parte de los alauíes tras los golpes militares de Ṣalāḥ Ḥadīd en 1966 y Ḥāfiẓ al-Asad en 1970.

En lo que se refiere al Partido Árabe Ba‘Ť debe recordarse que dos de sus principales señas de identidad eran precisamente su exacerbado nacionalismo y su frontal anticolonialismo⁴⁸. De hecho, su primer objetivo era revertir el daño causado por la dominación europea no solo en el interior de Siria, sino en el conjunto de Oriente Próximo. De ahí que reclamase la unidad del mundo árabe una vez que se pusiera fin a la colonización sionista de Palestina y fuesen derribadas las fronteras artificiales erigidas por los Acuerdos de Sykes-Picot. No debe pasarse por alto que “las nuevas fronteras no solo representaban una amenaza para el comercio, sino también para la filiación, ya que separaban artificialmente a personas pertenecientes a las mismas familias y clanes”⁴⁹.

La Constitución del Ba‘Ť, aprobada el 17 de junio de 1947, nos ofrece una excelente sinopsis de su ideología. Su primer principio señala que “el territorio árabe constituye una unidad política y económica indivisible, de manera que ninguno de los países árabes puede reunir todas las condiciones necesarias para su vida, independientemente de los demás” y que “la tierra árabe pertenece a los árabes y solo ellos tienen derecho a disponer de ella y sus riquezas y a dirigir su destino”.

46. Cit. por Kedar. “Muslim slaughter”.

47. Ruiz Bravo. *La controversia ideológica*, p. 61.

48. Sobre el Partido Árabe Ba‘Ť véase Hinnebusch. *Peasant and bureaucracy*; Olson. *The Ba‘th and Syria*; Heydemann. *Authoritarianism in Syria*; John F. Devlin. “The Baath party” y Galvani. “Syria and the Baath”.

49. Batatu. *Syria’s peasantry*, p. 134.

El tercer principio considera que “la colonización y todo lo que esta implica es una obra criminal, que los árabes combaten con todas sus fuerzas”. El artículo 6 deja claro que “el Partido está decidido a luchar contra el colonialismo para liberar a nuestra patria de manera total y absoluta; y luchar para unir a todos los árabes en un Estado independiente y unido”⁵⁰.

La derrota de los ejércitos árabes y la pérdida de Palestina en 1948 favorecieron el progresivo despegue del Ba‘t, que corrió paralelo al descrédito de las élites políticas tradicionales por su incapacidad para hacer frente a Israel. Una vez alcanzada la independencia se hacía imprescindible encontrar una ideología de recambio capaz de movilizar a las masas y promover un proyecto de futuro para el país. En este sentido, el Ba‘t se cifra como metas la unidad, la liberación y el socialismo: “Tres objetivos indisociables, ya que ninguno puede alcanzarse plenamente sin los otros; todos dependen del pueblo y de la fe en sus poderes eternos y regenerativos”⁵¹.

Michel ‘Aflaq, un cristiano greco-ortodoxo, fue el principal ideólogo del Partido Árabe Ba‘t junto al sunní Ṣalāḥ al-Dīn al-Biṭār. Además de los cristianos, también las minorías alauí, drusa e ismaelí se sintieron seducidas por una ideología arabista que ponía el énfasis en el aspecto ideológico y no en el comunitario, ya que el Ba‘t prometía plena igualdad entre los árabes, independientemente de su confesión, al considerar que les permitía poner fin al tradicional monopolio del poder detentado por los árabes sunníes desde tiempos inmemoriales. De hecho, las minorías confesionales, en especial los cristianos, siempre estuvieron sobre-representadas en los órganos de gobierno del Ba‘t. En el Buró Político de 1945 representaban el 25%, en 1952 el 28,6% y en 1958 el 40%⁵².

El primer congreso ba‘tista apenas congregó a 200 simpatizantes, buena parte de ellos estudiantes. Entre los congregados se encontraba el ideólogo Zakī l-Arsūzī, procedente de Alejandreta, que aportó un buen número de seguidores alauíes que con el tiempo jugarían un papel central en la implantación del Estado ba‘tista. Arsūzī era partidario del ‘todo o nada’ y defendía unos planteamientos más utópicos, radicales y socialistas que los de Aflaq y al-Biṭār⁵³. Entre sus seguidores se contaba el médico Wahīb al-Gānim, quien intentó que el partido hiciera hincapié en la justicia social para poner freno a las sangrantes desigualdades existentes en el seno de la sociedad siria. Gānim reclamó sin éxito la partición de los latifundios entre el campesinado, la implicación activa de los trabajadores en

50. Recalde. *La construcción de las naciones*, p. 84.

51. Seale. *The struggle for Syria*, p. 155.

52. Batatu. *Syria’s peasantry*, p. 140.

53. Moubayed. *Steel and silk*, p. 143.

la gestión de las empresas y la propiedad estatal de los recursos naturales, la industria pesada y los servicios públicos⁵⁴.

En este punto es importante destacar que tras alcanzarse la independencia irrumpieron diversos elementos que, hasta el momento, habían jugado un papel menor en la historia siria. Tras la Segunda Guerra Mundial, “los pueblos rurales, especialmente las minorías religiosas de la periferia siria —los alauíes en los accidentados distritos montañosos del noroeste de Siria y los drusos en las inhóspitas colinas al sureste de Damasco— comienzan a incorporarse a la escena política nacional”⁵⁵. Hasta aquel momento, dichos grupos habían permanecido divididos y aislados por diversas razones, entre ellas la compleja orografía del territorio sirio o la lealtad a la tribu, el clan o la secta antes que al gobierno central. No obstante, la persecución que habían sufrido durante siglos por parte del poder sunní había reforzado su cohesión comunitaria o *‘aşabiyya*⁵⁶.

Por otra parte, no debe pasarse por alto que la irrupción del Ba‘t corre paralela al ascenso de los militares al poder. La derrota de los ejércitos árabes en la primera guerra árabe-israelí provocó un verdadero terremoto político que se saldó con el cuestionamiento generalizado de los gobiernos de Siria, Egipto, Líbano, Jordania e Iraq, países que fueron derrotados en el frente de batalla. Las turbulencias regionales provocadas por el establecimiento de Israel en 1948 serán determinantes para explicar el ascenso al poder del nacionalismo árabe que reclama la unidad árabe como paso indispensable para recuperar Palestina y derrotar a Israel, considerada un instrumento del imperialismo, el colonialismo y el sionismo. Como recuerda Nazih Ayubi, los militares, que habían sido formados en las academias militares establecidas por las propias potencias coloniales, se alzan “con la intención de romper la mayoría de los vínculos políticos y económicos de servidumbre con las antiguas potencias coloniales”⁵⁷. De hecho, los ejércitos árabes asumen un papel político central que, en ciertos casos, se mantendrá hasta nuestros días, todo ello a pesar de sus sucesivas derrotas en el campo de batalla⁵⁸.

Esta deriva nacionalista generó la preocupación de las antiguas metrópolis, dado que representaba una amenaza para el orden post-colonial y, en la mayor parte de las ocasiones, ponía en peligro las alianzas que habían forjado con las elites tradicionales en sus antiguas colonias. Su proyecto de modernización y, so-

54. Devlin. “The Baath party”, p. 1398.

55. *Idem*, p. 1375.

56. Balanche. “Clientélisme, communautarisme”, p. 123.

57. Ayubi. *Política y sociedad*, p. 153.

58. En las décadas de los cincuenta y los sesenta, los militares se hicieron con el poder en Egipto en 1952, Irak en 1958, Yemen del Norte en 1962, Siria en 1963, Yemen del Sur y Sudán en 1967 y Libia en 1969.

bre todo, de emancipación chocaba frontalmente con los intereses occidentales, ligados no solo al comercio sino también a la explotación de los recursos minerales. Esta modernización pretendía propiciar una completa liberación de la dominación política, económica y tecnológica europea, lo que teóricamente les permitiría participar en el sistema internacional en términos de igualdad con Occidente⁵⁹. En consecuencia, tanto Gran Bretaña como Francia se mostraron extremadamente críticos con el nacionalismo árabe y no dudaron en aliarse con Israel tras la nacionalización del canal de Suez en 1956 para golpear a Egipto, considerada la vanguardia del movimiento nacionalista árabe.

Dado que el Partido Árabe Ba‘t se había cifrado como principal objetivo la liberación de la colonización y la unidad del mundo árabe no es de extrañar que apoyase fervientemente el establecimiento de la República Árabe Unida (RAU) entre Siria y Egipto el 1 de febrero de 1958. Desde un principio se evidenció que la relación era asimétrica, ya que la presidencia quedó en manos de Ŷamāl ‘Abd al-Nāṣir y todos los partidos políticos, a excepción de la egipcia Unión Nacional, fueron ilegalizados (incluidos los Hermanos Musulmanes y el Partido Comunista). También en el plano simbólico, los sirios se vieron obligados a renunciar a su bandera y aceptar la egipcia, que incorporó dos estrellas en representación de los dos países que la integraban. El dirigente ba‘tista mejor situado fue Ṣalāḥ al-Dīn al-Biṭār, que se puso al frente del Ministerio de Cultura e Instrucción Nacional.

El proyecto de la RAU topó con serias dificultades desde su mismo planteamiento. La unión no era un fin en sí mismo, “sino un medio para lograr otros objetivos, ya que de haber tenido otra opción, algunos de los abogados de la unión hubiesen preferido evitarla, pero consideraron que era un mal menor comparado con las tensiones dentro de las Fuerzas Armadas o la dominación imperialista”⁶⁰. Probablemente el precio a pagar fue demasiado elevado, puesto que los sirios tuvieron que ceder a los egipcios el control de sus asuntos domésticos. Al descontento por el personalismo de ‘Abd al-Nāṣir se sumaba el malestar de los grandes terratenientes de Aleppo, Homs y Hama por la reforma agraria que afectó a sus latifundios y el de la oligarquía damascena, que no pudo acceder en libertad de condiciones al mercado egipcio⁶¹.

Conforme pasaba el tiempo y Siria quedaba cada vez más desdibujada en la RAU se intensificaron las críticas por el autoritarismo del presidente egipcio. ‘Aflaq y al-Biṭār, los fundadores del Ba‘t, interpretaron que la RAU se había convertido en una dictadura y que ‘Abd al-Nāṣir no era diferente de Ḥusnī l-Za‘īm o

59. Pratt. *Democracy and authoritarianism*, p. 12.

60. Kienle. “Arab unity”, p. 57.

61. Amin. *La nation arabe*, p. 71.

Adīb al-Šiškālī, los dictadores sirios que habían perseguido las libertades básicas y disuelto los partidos políticos en los años precedentes. Incluso el propio Akram al-Ḥawrānī, vicepresidente de la unión y en otros tiempos entusiasta defensor del carismático líder egipcio, le retiró su apoyo y apostó por la disolución de la RAU. El expresidente Šukrī I-Quwātī, otro firme partidario de la unión en un primer momento, se mostró también crítico con las nacionalizaciones llevadas a cabo al interpretar que habían causado un daño irreparable a la economía siria y, también, denunció el cierre de periódicos y la ilegalización de los partidos políticos. El 28 de septiembre de 1961 un nuevo golpe militar en Siria, que contó con un amplio respaldo en círculos políticos, militares y económicos, puso fin a la unión con Egipto.

Durante los años de la RAU, un grupo de oficiales estableció el Comité Militar del Ba‘t, una plataforma que jugaría un papel determinante en la escena política siria a partir de 1963. La mayor parte de sus integrantes pertenecían a las comunidades confesionales tradicionalmente excluidas del poder como los alauíes, los drusos y los ismaelíes. Si en 1959, los miembros pertenecientes a estas tres minorías representaban el 50% del Comité Militar, en 1961 eran el 71,4% y en 1963 el 80%, todo ello a pesar de que en la sociedad estas minorías apenas representaban el 15% de la población. La mayor parte de sus integrantes procedía de la periferia (el Ÿabal Anšāriyya en la costa mediterránea, el Ÿabal al-Durūz en la frontera con Jordania o las ciudades ismaelíes de Salamiyya y Masiaf, en la provincia de Hama). Además, debe tenerse en cuenta que dichas minorías representan un bloque homogéneo dentro del estamento militar, ya que tenían la misma procedencia rural, eran de origen campesino, provenían de las mismas regiones y comulgaban con el credo ba‘tista, mientras que los oficiales sunníes estaban divididos en función de su clase, origen o ideología.

Esta preeminencia de las minorías guardaba una estrecha relación con el trato de favor que dichas comunidades habían recibido por parte de las autoridades mandatarias francesas. Tal y como hemos señalado anteriormente, alauíes, drusos e ismaelíes, al igual que kurdos, armenios o circasianos, habían sido alistados en las filas de las *Troupes Spéciales*, dado que “podrían ser empleados en la lucha contra los árabes sunníes y contra las demandas nacionalistas de unificación y centralización”⁶². En la incorporación de los alauíes al ejército colonial debió también pesar su precaria situación económica y su creencia, acertada como el futuro se encargaría de demostrar, que sería un medio para ascender en la escala social. De hecho, tras la independencia, alauíes y drusos siguieron incorporándose a filas en mayor proporción que los sunníes. Como recuerda Ḥannā Baṭātū, en los

62. Bou-Nacklie. “Les Troupes Speciales”, p. 692.

años cincuenta y sesenta se extendió la práctica del *badal*, gracias al cual las clases más adineradas podían eludir el servicio militar a cambio del pago de una determinada cantidad (entre 500 y 2.000 libras sirias)⁶³. Mientras dicha cifra era fácilmente asumible para las clases medias urbanas sunnís, para los campesinos alauíes, drusos e ismaelís de las zonas rurales representaba un pesado fardo.

Tras la disolución de la RAU, los intentos del presidente Nāzīm al-Qudsī de aproximarse a EEUU y a sus satélites regionales (Arabia Saudí y Jordania) y distanciarse de la URSS y de sus aliados (Egipto e Iraq), despertaron las suspicacias del Comité Militar del Ba‘t. Dicha sociedad secreta estaba liderada por siete militares sin apenas conexión con el liderazgo político del Ba‘t, cinco de los cuales pertenecían a las minorías confesionales: los alauíes Ṣalāḥ Ḥādīd, Ḥāfīz al-Asad y Muḥammad ‘Umrān y los ismaelís ‘Abd al-Karīm al-Ḥūdī y Aḥmad al-Mīr. Con el transcurso del tiempo, todos ellos asumirían cargos relevantes dentro del aparato militar y también gubernamental. Este núcleo duro contaba con el respaldo de otra decena de oficiales, entre los cuales también estaban representadas otras minorías como la drusa, con Salīm Ḥāṭūm a la cabeza, quien encabezaría una intentona golpista en 1966.

Este nuevo liderazgo no solo estaba cohesionado por su ideología nacionalista, sino también por su instinto de *‘aṣabiyya* que garantizaba la lealtad entre sus componentes⁶⁴. Todos ellos pertenecían a minorías tradicionalmente relegadas por el poder que habían vivido en zonas montañosas aisladas dedicados generalmente a la agricultura. La época de dominación francesa había representado un paréntesis en una historia marcada por la desconfianza hacia el poder central sunní. La autonomía que disfrutaron las zonas alauí y drusa durante la época de entreguerras había contribuido también al empoderamiento de estas comunidades que, de alguna manera, empezaron a reclamar su papel en la política siria.

Distanciados de los dirigentes históricos del Ba‘t y conscientes de sus escasos respaldos en la heterogénea sociedad siria, el Comité Militar se cifró como objetivo conquistar el poder por la fuerza. El 8 de marzo de 1963 se llevó a cabo el golpe de estado que auparía al poder a la rama militar del Ba‘t. Aunque en un primer momento el general Amīn al-Ḥāfīz asumió la presidencia y Ṣalāḥ al-Dīn al-Biṭār se convirtió en su primer ministro, lo cierto es que el Comité Militar manejó los hilos entre bastidores. Tras asaltar el poder, el Ba‘t ilegalizó al resto de partidos políticos, acabó con la libertad de prensa, emprendió una profunda reforma agraria y nacionalizó la empresa privada y la banca. Durante esta fase se puso el énfasis en la dimensión local (*quṭrī*) más que en la nacional (*qawmī*),

63. Batatu. *Syria's peasantry*, pp. 158-159.

64. Seurat. *L'État de barbarie*, p. 65.

mostrando una acentuada vocación regionalista, es decir localista siria, más que panarabista, al considerar que la unidad árabe difícilmente podía alcanzarse sin que previamente se establecieran economías socialistas en cada una de sus porciones⁶⁵.

4. LA SIRIA DE LOS ASAD

Amīn al-Ḥāfiẓ intentó limitar sin éxito el poder del Comité Militar hasta que finalmente fue derrocado el 23 de febrero de 1966. Una de las primeras decisiones del nuevo hombre fuerte de Siria, el general alauí Ṣalāḥ Ḥadīd, fue expulsar del país a los miembros del Mando Nacional del Ba‘t, incluidos los históricos dirigentes ‘Aflaq y al-Biṭār, que de hecho no volverían a pisar territorio sirio el resto de sus vidas. A pesar de que el sunní Nūr al-Dīn al-Atāsī fue designado presidente, Ḥadīd dirigió desde la sombra “el gobierno más extremista que Siria había conocido nunca en su historia, precipitado en el exterior y radical en el interior, embarcó al país en una guerra [con Israel] y trató de remodelar la sociedad siria de arriba a abajo”⁶⁶.

El nuevo gobierno neo-ba‘tista puso en marcha un ambicioso programa de industrialización, una profunda reforma agraria y desarrolló las infraestructuras con el decidido respaldo de la URSS, que aprovechó la derrota en la guerra de los Seis Días, y el consecuente sentimiento antiimperialista que generó, para afianzar su posición en esta zona de especial relevancia geoestratégica. Moscú concedió a Siria financiación para edificar industrias, construir carreteras, ampliar la red ferroviaria, levantar el puerto de Tartus, ampliar el de Latakia y, además, ofreció tecnología para desarrollar la incipiente industria petrolífera⁶⁷. El principal proyecto civil fue la construcción de la presa del Éufrates que, además de permitir el abastecimiento eléctrico del norte del país, favoreció la irrigación de 640.000 hectáreas, buena parte de ellas destinadas al cultivo del algodón.

A excepción del presidente Nūr al-Dīn al-Atāsī, perteneciente a una distinguida familia sunní de Homs, el resto de los prohombres del régimen eran unos absolutos desconocidos para la población siria. En un país en el cual las redes de patronazgo eran esenciales en la vida pública, la conquista del poder por un reducido grupo de personas de extracción rural y confesión minoritaria supuso una abrupta ruptura respecto a las dinámicas políticas previas. De hecho, los nuevos dirigentes persiguieron con dureza a toda aquella persona sospechosa de tener vínculos con el antiguo orden, favoreciendo a los sectores tradicionalmente ex-

65. Sobre las tensiones entre el nacionalismo árabe y los nacionalismos localistas cabe destacar la tesis doctoral de la profesora Ruiz Bravo-Villasante. *Nacionalismos árabes*.

66. Seale. *Asad of Syria*, p. 104.

67. Drysdale y Hinnebusch. *Syrian and the Middle East*, p. 152.

cluidos como el campesinado, el proletariado y las minorías, lo que trastocó la estructura social siria en las siguientes décadas.

Hāfīz al-Asad, de confesión alauí como Ṣalāḥ Ŷadīd, fue designado ministro de Defensa y, por lo tanto, máximo responsable del aparato militar, que parceló adecuadamente para garantizar su control “garantizándose su lealtad mediante la distribución de favores y la prestación de servicios, a la manera de un líder tribal”⁶⁸. Asad fue deshaciéndose uno tras otro de sus potenciales rivales, muchos de ellos miembros de las minorías ismaelí y drusa como en el caso de ‘Abd al-Karīm al-Ŷundī, responsable de la poderosa Seguridad Nacional, o de Aḥmad al-Suwaydānī, jefe del Estado Mayor.

Tras el ascenso al poder de Ŷadīd en 1966 y, de manera más marcada aún, con el golpe de al-Asad en 1970, los alauíes alcanzaron su periodo de mayor apogeo al frente del ejército, lo que también implicó un progresivo declive de los sunnīs. La militarización de la vida política supuso el ascenso definitivo de una nueva jerarquía, de origen humilde y rural por lo general, es decir, ajena a las oligarquías urbanas de Alepo, Damasco, Homs o Hama, y la consagración de las Fuerzas Armadas como plataforma óptima, en combinación con la inevitable afiliación al Ba‘t, hacia los puestos de relevancia. Ṣalāḥ Ŷadīd procedía de la aldea de Duwayr Baabda, en el litoral mediterráneo, y su familia pertenecía a la prestigiosa confederación tribal de los Ḥaddādīn. Por su parte, Hāfīz al-Asad, número dos del régimen, formaba parte del clan alauí de Kalbiyya, afincado en Qardaha. Tras el golpe de Ŷadīd, los alauíes llegaron a sumar el 26.7% de los miembros del Mando Regional del Ba‘t en 1966, mientras que los drusos supusieron en 6.7%, muy por encima del 13% que representaban ambos grupos en el seno de la sociedad siria.

Finalmente, el 16 de noviembre de 1970 Hāfīz al-Asad dio un nuevo golpe de estado para deshacerse de Ŷadīd, que fue encarcelado de por vida. En cierta medida, el Estado ba‘tista de Asad fue “un animal híbrido: de Ŷadīd heredó el modelo estatista soviético y el compromiso de promover a las clases más desfavorecidas”, aunque al mismo tiempo, con el objeto de extender su red de apoyos entre las clases desafectas, “promovió la liberalización económica y política”⁶⁹. Durante sus tres décadas como presidente, Asad instauró un “Estado ‘bonapartista’ o una monarquía de carácter presidencialista a través de su control de los pilares institucionales del régimen —el Ba‘t, el Ejército y la burocracia— adoptando una estrategia patrimonialista que situaba a la clientela alauí en puestos estratégicos

68. Seale. *Asad of Syria*, p. 144.

69. *Idem*, p. 169.

en el aparato militar-securitario y estableciendo una alianza política con los oficiales sunnís y los políticos del partido”⁷⁰.

Para evitar correr la misma suerte que sus antecesores, Al-Asad reforzó los servicios de inteligencia, que quedaron como un dominio reservado de los alauíes. Muḥammad al-Jūlī dirigió con mano de hierro la Inteligencia Aérea, mientras que ‘Alī Dūbā asumió la jefatura de la Inteligencia Militar, los dos principales servicios de inteligencia que resultaron determinantes para garantizar la supervivencia del régimen asadista. Los temidos *mujābarāt* extendieron sus tentáculos por todos los rincones del país para extirpar de raíz cualquier amenaza potencial. Los alauíes, a pesar de sumar el 11% de la sociedad siria, representaron el 61.3% de los mandos de los Servicios de Inteligencia y de la Fuerzas Armadas durante las tres décadas de dictadura de Ḥāfiẓ al-Asad, siendo el 42% de ellos miembros del propio clan Kalbiyya al que pertenecía el propio presidente. No solo eso, sino que en 1975 los alauíes alcanzaron la cifra récord del 33.3% de los miembros del Mando Regional del Ba‘t (el triple de su peso en la sociedad)⁷¹.

Con el ascenso de los militares al poder se desarrolló un proceso de ruralización de las Fuerzas Armadas y de la Administración, provocado por la expulsión de los elementos urbanos considerados hostiles al nuevo régimen y su sustitución por miembros de sus propias confesiones, tribus o clanes⁷². Se da así lo que Fabrice Balanche denomina como la aparición de una “burguesía burocrática”, integrada por cuadros del Ba‘t, directores de la administración y de los servicios públicos y responsables municipales de procedencia rural y cohesionados por el espíritu de *‘asabiyya*, que arrebató su posición a la burguesía urbana sunní tradicional⁷³. En tan solo diez años, el número de funcionarios y trabajadores públicos se multiplicó por diez pasando de 33.979 de 1960 a 198.079 en 1971; en 1980 ya eran 367.649 y en 1992 sumaban 717.387. Diferentes fuentes señalan que el 80% de los alauíes trabajaban para el Estado en época de Baššār al-Asad⁷⁴.

De lo que no cabe ninguna duda es que el ascenso al poder de Ḥāfiẓ al-Asad representaba un hecho sin precedentes en el mundo árabe, ya que “una minoría, si bien musulmana, dominó un Estado ampliamente sunní gracias a su control del Ejército”⁷⁵. Consciente de esta circunstancia excepcional, al-Asad decidió aliarse con el resto de minorías confesionales, es decir con cristianos, drusos e ismaelís, que constituyeron un cinturón defensivo frente a la recelosa mayoría sunní. Los

70. Hinnebusch. *Peasant and bureaucracy*, p. 306.

71. Batatu. *Syria's peasantry*, pp. 218-224.

72. *Idem*, p. 156.

73. Balanche. “Clientélisme, communautarisme”, p. 126.

74. Balanche. “Communautarisme en Syrie”, p. 33.

75 Olson. *The Ba‘th and Syria*, p. 76.

kurdos, que representaban cerca de un 10% de la población siria, quedaron al margen de esta alianza ya que fueron considerados como una quintacolumna hostil al nacionalismo árabe, al igual que los turcomanos, que representaban otro 3% de la población siria y estaban localizados en torno a la frontera con Turquía.

En realidad, “el sistema de poder construido por Hāfīz al-Asad se basa en vínculos clientelares con todos los grupos sociales, independientemente de su pertenencia comunitaria, que tienen relaciones directas o indirectas con el centro político. Esto explica por qué el régimen controla el conjunto del país al encontrar recambio más allá de su minoritaria comunidad de origen. Las tensiones de tipo local o social son fuertes en Siria y alimentan la división a favor de una *‘aṣabiyya* que sabe cómo manipularlas y que posee una fuerte cohesión por su origen social, regional y comunitario”⁷⁶. Como señalaba el propio Balanche en su tesis doctoral, “el poder político quedaría en manos de la *‘aṣabiyya* alauí mientras que el poder económico estaría en manos de la burguesía capitalista sunní-cristiana” aliada del anterior⁷⁷.

A pesar de que el régimen sirio suele incidir en su carácter secular, Hāfīz al-Asad recurrió desde un primer momento al sectarismo para asentar su posición y perpetuarse en el poder. En opinión de Ruiz de Elvira y Belhadj, “desde 1963, el régimen ba‘tista ha supervisado y gestionado la sociedad de forma autoritaria a través del sectarismo. Ejemplos de tales políticas sectarias incluyen la cooptación de ciertas minorías dentro del partido Ba‘t, el gobierno y la prensa controlada por el estado, la selección mayoritariamente de alauíes y sunníes para puestos clave en los servicios de inteligencia, las fuerzas armadas y la oficina nacional seguridad del Ba‘t”⁷⁸. De ahí que la narrativa oficial haya presentado habitualmente a la sociedad siria como “una familia extensa” dentro de la cual el régimen juega el papel de “garante de la coexistencia pacífica entre los diversos grupos sectarios”⁷⁹. Estas maniobras para ganarse el respaldo de la población sunní no implicaron un abandono de sus tradicionales aliados. De hecho, tal y como había hecho la colonización francesa, tuvo un especial cuidado en mejorar las condiciones de vida de la población rural mediante la redistribución de los grandes latifundios que habían sido nacionalizados, la llegada de la electricidad y el agua potable y la universalización de la educación⁸⁰.

76. Balanche. “Clientélisme, communautarisme”, p. 131.

77. Balanche. *Les Alaouites, l'espace et le pouvoir*, p. 676.

78. Ruiz de Elvira y Belhadj. “Sectarianism and civil conflict in Syria”, p. 323.

79. Stolleis. “Discourses on minorities”, p. 8.

80. Devlin. “The Baath party”, p. 1406.

5. CONCLUSIÓN

Pese a que la presencia de Francia fue limitada en el tiempo, lo cierto es que dejó una huella indeleble que todavía perdura en Siria. Durante los veinte y cinco años que duró su protectorado, las autoridades francesas se guiaron por la máxima del *divide et impera* que provocó la división de la Gran Siria en varios Estados residuales, incluidos el alauí y el druso en los que apenas vivían medio millón de personas. Francia recurrió al sectarismo para enfrentar a las minorías confesionales con la mayoría sunní e hizo lo propio entre los centros urbanos y la periferia rural. Con ello pretendía debilitar al movimiento nacionalista árabe y favorecer la aparición de una clientela rural.

Otro de los objetivos de Francia era presentarse como árbitro entre las diferentes confesiones, etnias y tribus sirias, cuya presencia era indispensable para evitar eventuales conflictos y tensiones. Al contrario de lo planificado, la política francesa del *divide et impera* favoreció la consolidación del movimiento nacionalista que cohesionó a la mayor parte de las comunidades confesionales. De hecho, el Partido Árabe Ba't se cifró como principal objetivo revertir el daño causado por la colonización europea tanto en Siria como en el conjunto de Oriente Próximo. De ahí que reclamase la unidad del mundo árabe una vez que fuesen derribadas las fronteras artificiales erigidas por los Acuerdos de Sykes-Picot y se pusiera fin a la colonización sionista de Palestina.

Las elecciones legislativas de 1954 y 1961 pusieron en evidencia que el Partido Ba't contaba con unos limitados respaldos en el seno de la sociedad siria, lo que favoreció el ascenso del Comité Militar, partidario de conquistar el poder por la fuerza. La sobrerrepresentación de las minorías confesionales en dicho comité guardaba una estrecha relación con el trato de favor que la colonización francesa había otorgado a alauíes, drusos e ismaelíes en las *Troupes Spéciales du Levant*. Al contrario que los árabes sunníes, dichas comunidades estaban fuertemente cohesionadas por su espíritu de *'aṣabiyya* o solidaridad tribal que garantizaba la lealtad entre todos sus componentes. Todos ellos pertenecían a minorías tradicionalmente perseguidas por el poder central que habían vivido en zonas aisladas beneficiándose de una autonomía virtual. Durante los años del protectorado, Francia les concedió amplias prerrogativas, lo que favoreció su empoderamiento y, una vez alcanzada la independencia, reclamaron su protagonismo en el proceso de construcción nacional.

Parece evidente que las minorías confesionales contemplaron la ideología ba'tista como un instrumento que podría favorecer su ascenso social. Con la llegada al poder de Ṣalāḥ Ḳadīd en 1966 y, todavía más claramente, con el golpe de Ḳāfiẓ al-Asad en 1970 se registró un proceso de ruralización de las Fuerzas Armadas y la Administración patente en la llegada masiva de miembros de dichas

minorías a las grandes urbes sunníes. Durante sus tres décadas en la presidencia, al-Asad manipuló la heterogeneidad confesional de la sociedad siria para consolidar su poder y estableció una compleja red clientelar a través de la cual repartió numerosas prebendas. La comunidad alauí, que se reservó el poder de los aparatos de seguridad, fue la principal beneficiada, pero también emergió una oligarquía capitalista sunní-cristiana que se hizo con el poder económico. Como había hecho previamente Francia, Hāfīz al-Asad no dudó en presentarse como un elemento pacificador que mantenía el equilibrio entre las diferentes comunidades de la sociedad siria impidiendo que las minorías fueran relegadas a un segundo plano por la mayoría árabe sunní.

5. BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ-OSSORIO, Ignacio. *Siria contemporánea*. Madrid: Síntesis, 2009.
- ANTONIOUS, George. "Syria and the French Mandate". *International Affairs*, 13 (1934), pp. 523-539.
- AMIN, Samir. *La nation arabe. Nationalisme et lutttes de classes*. Paris: Minuit, 1976.
- AYUBI, Nazih. *Política y sociedad en Oriente Próximo. La hipertrofia del Estado árabe*. Barcelona: Bellaterra, 1998.
- BALANCHE, Fabrice. "Communautarisme en Syrie: lorsque le mythe devient réalité". *Confluences Méditerranée*, 89 (2014), pp. 29-44.
- . "Clientélisme, communautarisme et fragmentation territoriale en Syrie". *A Contrario*, 11 (2009), pp. 122-150.
- . *Les Alaouites, l'espace et le pouvoir dans la region cotiere syrienne: une integration nationales ambigue*. Tours: Université François Rabelais, 2000.
- BATATU, Hana. *Syria's peasantry, the descendants of its lesser rural notables, and their politics*. Princeton: Princeton University Press, 1999.
- BOU-NACKLIE, Elias. "Les Troupes Speciales: religious and ethnic recruitment, 1916-1946". *International Journal of Middle East Studies*, 25 (1993), pp. 645-660.
- . *Les Troupes Spéciales du Levant: origins, recruitment and the history of the Syrian-Lebanese para-military forces under the French Mandate, 1919-1947*. Utha: MI Dissertation Services, 1989.
- CORM, George. *El Líbano contemporáneo. Historia y sociedad*. Barcelona: Bellaterra, 2006.

- DEVLIN, John F. "The Baath party: rise and metamorphosis". *The American Historical Review*, 96 (1991), pp. 1396-1407.
- DRYSDALE, Alasdair y HINNEBUSCH, Raymond. *Syrian and the Middle East peace process*. Nueva York: Council of Foreign Relations Press, 1991.
- ESCRIBANO MARTÍN, Fernando. "Aida, el Canal de Suez y su inauguración. Ópera en tres actos, epílogo y adenda". *ISIMU. Revista sobre Oriente Próximo y Egipto en la Antigüedad*, 18-19 (2015-2016), pp. 291-302.
- GALVANI, John. "Syria and the Baath party". *MERIA Reports*, 25 (1974), pp. 3-16.
- GELVIN, James. "Demonstrating communities in post-Ottoman Syria". *Journal of Interdisciplinary History*, 25 (1994), pp. 23-44.
- GOENAGA, Amaia. *El sector bancario libanés y su papel en el diseño y reproducción del orden social, político y económico del Líbano contemporáneo*. Tesis doctoral. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 2016.
- GUTIÉRREZ DE TERÁN, Ignacio. *Estado y confesión en Oriente Medio: el caso de Siria y Líbano. Religión, taifa y representatividad*. Madrid: Cantarabia/UAM, 2003.
- HEYDEMANN, Steven. *Authoritarianism in Syria. Institutions and social conflict. 1946-1970*. Nueva York: Cornell University Press, 1999.
- HINNEBUSCH, Raymond. *Peasant and bureaucracy in Ba'thist Syria: the political economy of rural development*. Boulder: Westview Press, 1989.
- KEDAR, Mordachai, "Muslim slaughter of minorities, praises Zionists". *Jewish Press*. 20 de septiembre de 2012. <http://www.jewishpress.com/indepth/analysis/dr-mordechai-kedar/assads-grandfathers-1936-letter-predicts-muslim-slaughter-of-minorities-praises-zionists/2012/09/20/0/> [consultado el 31/05/2018]
- KHALAF, Samir. *Resistance and change in 19th century Lebanon*. Beirut. American University Publications, 1979.
- KHOURY, Philip. "Continuity and change in Syrian political life: the nineteenth and twentieth centuries". *The American Historical Review*, 96 (1991), pp. 1374-1395.
- . *Syria and the French Mandate: the politics of Arab nationalism 1920-1945*. Princeton: Princeton University Press, 1987.
- KIENLE, Eberhard. "Arab unity schemes revisited: interest, identity and policy in Syria and Egypt". *International Journal of Middle East Studies*, 27 (1995), pp. 53-71.

- LE PÈRE, Jacques-Marie. “Mémoire sur la communication de la mer des Indes à la Méditerranée par la mer Rouge et l’isthme de Soueys”. *Description de l’Égypte, l’État moderne*. Paris: Imprimerie Panckouke, 1822, tomo XI.
- LÓPEZ GARCÍA, Bernabé y FERNÁNDEZ SUZOR, Cecilia. *Introducción a los regímenes y constituciones árabes*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1985.
- MILLER, Joyce Laverty. “The Syrian revolt of 1925”. *Journal of Middle East Studies*, 8 (1977), pp. 545-563.
- MOUBAYED, Sami. *Steel and silk. Men and women who shaped Syria. 1900-2000*. Seattle: Cune Press., 2006.
- OLBERG, Paul. “France in Syria”. *The Contemporary Review*, 151 (1937), pp. 307-308.
- OLSON, Robert. *The Ba’th and Syria, 1947-1982. The evolution of ideology, party and state*. Princeton: The Kingston Press, 1982.
- ORAÁ ORAÁ, Jaime y GÓMEZ ISA, Felipe. *Textos básicos de Derecho Internacional Público*. Bilbao: Universidad de Deusto, 2008.
- OWEN, Roger. *The Middle East in the world economy, 1800-1914*. Londres: I. B. Taurus, 1993.
- PRATT, Niccola. *Democracy and authoritarianism in the Arab world*. Londres: Lynne Rienner Publishers, 2007.
- RABBATH, Edmond. *L’évolution politique de la Syrie sous mandat*. Paris: Marcel Rivuère Editeur, 1928.
- RABINOVICH, Itamar. “The compact minorities and the Syrian State, 1918-1945”. *Journal of Contemporary History*, 14 (1979), pp. 693-712.
- RAYYĀN, Muḥammad. *Al-aḥzāb al-siyyāsiyya fī Sūriyya wa-dawru-hā fī l-ḥaraka al-waṭaniyya*. Irbid: Dār al-Kindī li-l-Našr wa-l-Tawzi‘, 2006.
- RECALDE, José Ramón. *La construcción de las naciones*. Madrid: Siglo XXI, 1982.
- RUIZ BRAVO-VILLASANTE, Carmen. *La controversia ideológica nacionalismo árabe nacionalismos locales: Oriente 1918-1952*. Madrid: Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1976.
- RUIZ DE ELVIRA, Laura y BELHADJ, Souhaï. “Sectarianism and civil conflict in Syria: reconfigurations of a reluctant issue”. En P. RIVETTI, y H. KRAE-TZCHMAR (eds.). *Transformation of political Islam*. Edinburgo: Edinburgh University Press, 2018, pp. 322-340.

- SAID, Edward. *Orientalismo*. Barcelona: Debolsillo, 2003.
- SALAME, Ghassan. "Strong and weak states. A qualified return to the muqaddimah". En Ghassan SALAME (ed.). *The foundations of the Arab State*. Londres: Croom Helm, 1987, pp. 205-240.
- SALIBI, Kamal. *Lebanon and the Middle Eastern question*. Oxford: Centre for Lebanese Studies, 1988.
- SEALE, Patrick. *Asad of Syria. The struggle for the Middle East*. Berkeley: University of California Press, 1988.
- . *The struggle for Syria. A study of post-war Arab politics*. Oxford: Oxford University Press, 1965.
- SEURAT, Michel. *L'État de barbarie*. Paris: Seuil, 1989.
- SPAGNOLO, John P. "Mount Lebanon, France and Dâûd Pasha: a study of some aspects of political habituation". *International Journal of Middle East Studies*, 2 (1971) pp. 148-167.
- STOLLEIS, Friederike. "Discourses on minorities and sectarianism in Syria". En Friederike STOLLEIS (ed.). *Playing the sectarian card, identities and affiliations of local communities in Syria*. Beirut: Friedrich-Ebert-Stiftung, 2015.
- TIBAWI, Abdul Latif. *A modern history of Syria including Lebanon and Palestine*. Londres: Macmillan, 1969.
- WHITE, Benjamin Thomas. *The emergence of minorities in the Middle East. The politics of community in French Mandate Syria*. Edinburgo. Edinburgh University Press, 2012.
- . "The Nation-State form and the emergence of 'minorities' in Syria". *Studies in Ethnicity and Nationalism*, 7 (2007), pp. 64-85.